

YUCATÁN DE LOS PUEBLOS INDIOS MÉRIDA CIUDAD DE LOS BLANCOS

Pedro Echeverría V.

Mérida de Yucatán, México, con casi un millón de habitantes, festejará su 471 aniversario de fundación. Las ciudades, en particular las grandes capitales, han sido los asentamientos con mayores privilegios: cultura, escuelas, hospitales, casas grandes y cómodas, vestidos imitando modas ajenas. Los pueblos, por el contrario, son conservadores de sus culturas originarias, con pobreza y miseria en sus casas y vestidos, y lengua propia. Nunca los campesinos, vistos como inferiores, han sido bien aceptados en las ciudades. La entrada de los campesinos zapatistas y villistas que decidieron trasladarse en 1914 de la Convención de Aguascalientes a la ciudad de México, durante la Revolución Mexicana, provocó que muchos habitantes de la capital, llenos de terror y propaganda racista, determinaran esconderse o huir porque desfilaban en ella campesinos ignorantes, asaltantes y roba vacas. La ciudad era de los blancos, la gente educada, la gente bien.


Apunta un acucioso investigador, Michel Antochiw: los Montejo padre, hijo y sobrino, conquistadores de Yucatán y fundadores de Mérida, así como sus acompañantes y sucesores, quisieron por razones de seguridad y fundado temor, ante la rebeldía pertinaz de los mayas que nunca pudo abatirse totalmente (según lo demuestra la rebelión de Jacinto Canek a mediados del siglo XVIII y la cruenta y prolongada Guerra de Castas estallada en 1848 y no concluida sino hasta empezado el siglo XX), hacer una ciudad *Blanca*, esto es, para los blancos. Esa fue su intención y su diseño original (de ahí las puertas de acceso a la ciudad, más allá de las cuales estaban los *barrios de indios*). Así que el blanco de las paredes y del vestido nada tuvo que ver; y esto de “Mérida la Blanca” es sólo un invento de poetas para esconder el racismo natural.

La Mérida hasta hoy idealizada, recordada con tristeza y añoranza, es la ciudad de las familias ilustres, de los “buenos modales”, de los paseos vespertinos, de los bailes elegantes, los juegos de canasta, los domingos de misa y las diversiones sanas. Los indios –hoy también llamados indígenas– “sólo son buenos para trabajar en sus pueblos, donde están contentos y no deben salir”; así pensaban y piensan muchos que añoran a la Mérida de 1940, de poco más de 96 mil habitantes. Hoy la desconocen, no la quieren, porque está cerca del millón de habitantes –la mayoría indígena– que llegaron de los pueblos y las haciendas donde hasta mediados de los años sesenta trabajaban el henequén y vivían en paz.

El racismo y la alcurnia de las ciudades están emparentados con la desigualdad económica de los pobladores. Si bien, al

parecer, en el feudalismo el concepto de raza y propiedad de la tierra era determinante, en el capitalismo basta con ser rico: banquero, industrial, gran comerciante, para que “se borre” el origen racial. ¡Qué poderoso es don dinero! En Europa, EUA, México, se desprecia a los que no tienen dinero y buscan trabajo; pero cualquier turista o viajero o migrante que traiga dinero recibe todas las atenciones. Pareciera que el racismo tradicional desaparece.

“Hoy festejas tu cumpleaños y mañana no tienes qué comer”, dicen por estos lugares; sí, pero “lo bailado y lo comido nadie te lo quita”, por eso algún poeta decía que “nuestra América es fiesta por naturaleza”. El investigador Carlos Kirk me enseñó que las fiestas en las comunidades indígenas sirven para estrechar lazos de solidaridad, de ayuda mutua, de parentesco y amistad. Nadie se muere de hambre en la comunidad, porque siempre habrá un pedazo de pan y “más agua para los frijoles”. En la ciudad, las fiestas “dirigidas al pueblo”, por el contrario, buscan entretenerlo, enajenarlo, mediatizarlo para luego utilizarlo. ¿Qué importa a los gobiernos, al poder, que haya gigantescos déficits de plazas de trabajo, que éste se pague con salarios miserables y que la gente viva en la desesperación?

En Mérida “la blanca” o de los blancos sigue presente su pasado hispano y clerical. A pesar de que el levantamiento indígena de 1994 del EZLN sacudió la conciencia del país y del mundo al mostrar el profundo racismo, desprecio y explotación que ha existido en la nación contra la raza indígena durante 500 años, parece que de nada sirvió, porque la derechización en la República sigue adelante. El llamado “nacionalismo revolucionario” desapareció en los años setenta y se instaló con fuerza el neoliberalismo reprivatizador. La ideología y los símbolos del colonialismo parecen estar presentes ahora respaldados por “la modernidad” capitalista que lo cubre. Es un hecho que el racismo abierto y encubierto sólo desaparecerá en el mundo cuando las diferencias económicas y sociales se acaben. Mérida no es la excepción, no es mejor ni peor, sólo forma parte de este mundo. Cada año seguirá festejándose su aniversario. ¿Puede esperarse otra cosa? 

Pedro Echeverría V. Sociólogo y analista político mexicano. Fue profesor durante 12 años en el CCH-UNAM y 10 años en la UPN. A partir de 1985 fue profesor-investigador de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Autónoma de Yucatán. Ha sido activista político y sindical a lo largo de su vida. Entre sus obras publicadas, cabe mencionar *La Universidad de Yucatán (Interpretación Histórico-Crítica)*, *La política de Yucatán en el siglo XX* y *¡Nos llevó el tren! Los ferrocarrileros de Yucatán*.